

Vice Cónsul en París y dueño del mundo

A principios de 1964, el eminente Embajador Juan Miguel Bákula, entonces Director de Personal, me informó que un grupo de jóvenes diplomáticos sería destinado al extranjero y que mi conocimiento del francés incidiría en la designación como Vicecónsul en París. Creo que cualquier ser humano sueña con la posibilidad de conocer esa incomparable ciudad y, vivir un tiempo en ella, era casi más de lo que se podía pedir. Con el Embajador Bákula tuve la suerte de mantener su amistad, en parte heredada de mi padre, por toda la vida y disfrutar de su conocimiento de la historia diplomática del Perú, sus libros y riquísima mapoteca y la insaciable curiosidad por muchos temas que mantuvo toda su vida. Publicó su último libro, por cierto muy bueno, a los 94 años.

Antes de partir fui a presentarme al nuevo Embajador, Dr. Oscar Trelles Montes y conocí también a sus hijos Luis, Jorge y al aún menor Oscar. Luis lo acompañaría a Francia, donde continuó sus estudios de medicina. Tuve muy buena amistad con ese correcto y estudioso joven quien como su padre llegó a ser un excelente médico, falleciendo lamentablemente bastante temprano. El tratamiento que me dispensaron el Dr. Trelles, el entonces Ministro de la Embajada Carlos García Bedoya y el Primer Secretario y Cónsul Felipe Valdivieso Belaúnde con quien ya había trabajado, fue de sincera amistad, orientación y afecto. Hay cosas muy difíciles de pagar y sigo endeudado con ellos.

Felipe, Pipo para sus innumerables amigos, consiguió que me instalara en el pequeño, pero muy bien ubicado departamento que arrendaba la funcionaria Sara Silva Cisneros, quien se encontraba prestando servicios en Ginebra. Mi hermano Víctor, agrónomo y doctor en economía, ganó una beca en Francia y pasó algunos meses conmigo que fueron enormemente gratos. Eventualmente Sarita volvió a la Embajada en París y con el aprieto del sueldo que recibía debí alquilar un departamento mucho menos simpático y bien ubicado.

Pero me sentía el dueño del mundo, no solamente porque el trabajo en la Embajada era magnífico en muchos sentidos y de mis superiores aprendía cosas cada día, incluyendo las conversaciones sobre temas de cultura que no excluían el recitado de poemas. Pipo compuso versos que, tras su fallecimiento, compiló y publicó el Embajador Manuel Rodríguez Cuadros. También fue muy grato asomarme a la cultura francesa e internacional, estudiar, visitar muchos lugares históricos, monumentos y museos y disfrutar todo lo que pude aprovechar de esa extraordinaria oportunidad.

Obviamente, tuve que aprender a estirar el dinero pues mi sueldo de US\$ 414 exigía aguzar el ingenio. Me hice miembro de las Juventudes Musicales de Francia lo que me permitía gozar de precios reducidos en conciertos y teatros; y en la Cinemateca Francesa en el cercano Palais de Chaillot, con entradas de tres francos equivalentes entonces a US\$ 0,60, vimos muchas películas de distintos países y épocas, generalmente muy superiores a las ofrecidas en la cartelera comercial, que incluía también filmes magníficos.

Para los viajes era igual. Requería planificar cuidadosamente los recorridos en mi Volkswagen, encontrar pequeños hoteles y módicos restaurantes, así como obtener información sobre los horarios de monumentos y museos. En esa época no había internet y aún ahora, Kille se asombra del modo como logro organizarlos. Visitamos muchas cosas y lo hemos seguido haciendo por el más de medio siglo que caminamos juntos.

De Sciences Politiques a la Sorbonne

Quise seguir estudios en la prestigiosa Escuela de Ciencias Políticas, llamada coloquialmente Sciences Po de la Universidad de París. Los exámenes de ingreso eran en agosto septiembre y tratándose de graduado universitario como en mi caso, era esencialmente de conocimiento de la lengua francesa. Llegando a París, agradecí nuevamente a mi Colegio Recoleta porque a pesar de haberlo dejado casi una década antes, me había enseñado bastante francés, pero no lo suficiente para el examen, por lo cual me inscribí en cursos en la Alianza Francesa. La enseñanza era buena, pero no aprendía lo suficientemente rápido. Mary Garaycochea, empleada del Consulado que ya residía un tiempo en Francia, me relacionó con François quien había sido lector de francés en San Marcos en Lima; quien empezó a impartirme numerosas clases que a pesar de su modesto precio insumían parte no desdeñable de mi casi simbólico sueldo.

Fue la mejor inversión de mi vida, pues conseguí ingresar a Ciencias Políticas, donde seguí cursos por dos años. Lamentablemente no me pude graduar pues a pesar de la buena disposición de mis superiores, la enorme mayoría de los alumnos lo eran a tiempo completo y el trabajo del Consulado y la Embajada no podían dejar de hacerse. Igualmente fue de enorme valor para mí por la calidad de los profesores, el contacto con jóvenes franceses y de todo el mundo y la novedad de las materias tratadas.

Igual suerte corrió mi segundo intento, cuando me inscribí en la Facultad de Derecho de la Universidad de París Sorbona. No conseguí una maestría, pero las magistrales lecciones de Charles Rousseau, Madame Bastide, Paul Reuter y otros grandes tratadistas de derecho internacional, figuran entre las más notables que disfruté.

La tarea consular hace medio siglo

Obviamente, era muy distinta de la actual. En Francia residían aproximadamente 150 peruanos, la mayoría estudiantes becados, cierto número de artistas, escritores incluyendo a Julio Ramón Ribeyro y Mario Vargas Llosa, algunos bohemios, unos pocos simpatizantes de Hugo Blanco y pasaban temporadas tres o cuatro millonarios.

En ese entonces, había participación consular en el despacho de mercaderías, tarea más bien rutinaria; y lo demás eran temas de registro civil, pasaportes y otras diligencias oficiales para nuestra pequeña comunidad y, en general, los problemas eran bastante manejables.

Un caso curioso fue el que encontramos un lunes temprano, cuando al llegar a la oficina nos informa la conserje que había un peruano desesperado, a quien atendí de inmediato. Me dijo sin hacer una sola pausa: "Señor Cónsul, soy el pintor Victor Humareda. He llegado el viernes a París, en la calle nadie me conoce ni saluda, no he podido vender mi pintura, estoy llorando mucho y quiero que me repatrien". Tratando con Pipo Valdivieso de entender su situación, nos informó que había viajado en un barco carguero por cortesía de una empresa minera. Inmediatamente nos movilizamos y felizmente se logró que la empresa lo retornara a Lima en el siguiente barco. Lástima que con los sueldos de supervivencia que recibíamos no tuviéramos manera de ofrecerle comprar algunas pinturas. Pero nos quedó cierta perplejidad por la convicción, casi tierna, de esa magnífica y excepcional persona de que llegando a París sería inmediatamente reconocido como el gran artista que era.

La diplomacia del crédito

El Presidente Fernando Belaúnde, en su primer gobierno, consideró que una tarea prioritaria para la gestión de política exterior era lo que denominó "la diplomacia del crédito", que esencialmente apuntaba a conseguir apoyo de fuentes multilaterales y de países para financiar los proyectos de desarrollo. Interesante idea.

Eran otros tiempos y como Vice Cónsul apenas recibía el doble del estipendio de un becario del gobierno francés que vivía en la Ciudad Universitaria, con acceso a comedores, servicios médicos y otros y ningún compromiso. Mis superiores obviamente recibían sumas mayores, pero en ningún caso adecuadas. Y había que presentarse, actuar y vivir como diplomáticos. Ninguno dejó de hacer el mayor esfuerzo para ello.

Pero no faltaban aprietos económicos, más severos cuando el sueldo demoraba en llegar. En una tardanza especialmente larga y con inocultable preocupación, no pudimos dejar de reírnos mucho cuando Pipo Valdivieso quien tenía parentesco con el Presidente nos dijo, con su inigualable ingenio, que le escribiría para explicarle lo que en el caso de los funcionarios del Servicio, significaba la diplomacia del crédito.

Primera reunión de Embajadores

El gobierno decidió convocar a los Embajadores en Europa y en Estados Unidos a una reunión de trabajo en París. La iniciativa fue del distinguido Canciller Fernando Schwalb López Aldana, quien más adelante fuera Vicepresidente de la República en el segundo gobierno del presidente Belaúnde. La Cancillería nunca había realizado tal actividad y fue necesario aprender en la tarea. El Embajador Trelles, el Ministro García Bedoya y el Primer Secretario Valdivieso se encargaron de ella, con la ayuda que pude prestar, juntamente con el personal administrativo.

En coordinación con el Ministerio, se prepararon el programa y la agenda y se adoptaron las disposiciones logísticas relativas al alojamiento de los visitantes, arreglos para las sesiones y demás. En resumen, la experiencia fue muy exitosa porque permitió al Canciller tratar personalmente con un buen grupo de Embajadores cuestiones centrales de política exterior, la situación interna del país, las prioridades de las gestiones y otros temas. Los Embajadores hicieron presentaciones sobre el estado de nuestra relación con los países donde servían, las dificultades que encontraban y las posibilidades que advertían.

Desde esa lejana época, se han realizado unas pocas reuniones de Embajadores en el exterior; pero no se ha convertido, lamentablemente, en una práctica consolidada. Algunos países las realizan cada año, lo que en nuestro caso sería excesivo, inclusive por su costo. Sin embargo, sería deseable que pudieran hacerse al menos una vez en cada gobierno, de preferencia en una etapa inicial. Se dirá que, con las tecnologías de hoy, podrían ser innecesarias. Puede ser, pero que sepa, no se están haciendo. Si un programa de teleconferencia pudiere hacer viable ese necesario intercambio entre Cancillería y los jefes de misión, sería ciertamente provechoso.

A refugiarse tras el sofá

Un domingo en la noche recibí en mi departamento la llamada de la conserje de la Embajada, informándome que los participantes en una marcha frente al local habían destruido las lunas de varias ventanas. La policía ya se había hecho presente y estableció una guardia. Fui inmediatamente al magnífico local de la Avenida Kléber, que servía de Cancillería y residencia del Embajador, verificando lo ocurrido e informando a Felipe Valdivieso entonces Encargado de Negocios. Lo sorprendente era que para la destrucción de los vidrios no habían empleado piedras sino unas bolas de acero del tamaño de una pelota de ping-pong y aspecto nada tranquilizante.

Como correspondía, informamos a nuestra Cancillería y a la mañana siguiente notificamos formalmente lo ocurrido al gobierno francés. Fue una manifestación en protesta por la captura en el Perú del líder campesino Hugo Blanco, siendo los participantes elementos de la extrema izquierda francesa y posiblemente de otros países que no faltaban en un París mezcla de burgués y contestatario, como siempre lo fue y lo sigue siendo.

Cual sería nuestra sorpresa, cuando al caer la noche se nos informó de una nueva marcha y la policía nos indicó tomar precauciones. Con Felipe subimos a los salones Embajada para observar la ocurrencia, cosa que no duró mucho pues los manifestantes la emprendieron nuevamente con las tales bolas de acero, obligándonos a refugiarnos tras un sofá mientras estallaban sobre nuestras cabezas los vidrios que habían sobrevivido al ataque de la noche anterior.

Para nosotros, felizmente la cosa quedó en el susto y el fastidio. En su momento, el gobierno de Francia cumplió con reponer los vidrios de la residencia y Hugo Blanco fue liberado. Pero cierta debilidad europea por cualquier expresión, inclusive violenta, contra los gobiernos latinoamericanos no considerados revolucionarios, habría de subsistir por mucho tiempo.

Matrimonio y paternidad

Tras un año de mi llegada a París decidimos con Kille, Kirsten Haug de soltera, quien entonces vivía en Dinamarca, casarnos en Lima para hacerlo rodeados del afecto y apoyo de familias y amigos. En días previos a la boda fui a la Cancillería para realizar un trámite y me encontré con un colega que servía en algún puesto en América Latina. En la conversación me preguntó cómo lo estaba pasando en París a lo que obviamente respondí que era estupendo, pero que el aprieto económico era muy real. Para mi sorpresa, dijo "¿Y no conoces a algún enriquecido comerciante israelita que quiera comprar tu auto diplomático?". Sólo atiné a responderle "Bueno, allá vive el Barón de Rostchild, pero no creo que tenga mucho interés en mi Volkswagen".

Nos casamos el 15 de enero de 1966 en la histórica Capilla de la Virgen de la O en la Iglesia de San Pedro, en compañía de muchos familiares y amigos. Ofició nuestra boda el recordado sacerdote Harold Griffiths y Ruth Haug, madre de Kille ofreció en su casa una linda recepción. Empezó así el recorrido de un camino que con ayuda de Dios hacemos ya más de cincuenta años. Sólo hay razones de agradecimiento por la esposa, compañera en las buenas y menos buenas, permanente apoyo en todas las actividades diplomáticas y, último, pero no menos, madre de Cristian y Rodrigo y abuela de nuestros seis nietos.

En mayo del año siguiente nació en París de pie, literalmente, Cristián. En la noche habíamos estado en una reunión en el pequeñísimo departamento que en un antiguo edificio ocupaban Alfredo Bryce Echenique y su esposa. El inmueble tenía ascensor, pero no funcionaba para descender a la planta baja. Al despedirnos, Alfredo le dijo a Kille que bajara con cuidado para no tener el bebe en la escalera. No fue ahí, pero si poco después porque llegando a casa empezaron las contracciones. El médico nos dijo que fuéramos inmediatamente a la clínica. Como siempre falta algo, no teníamos una pequeña manta por lo cual tuve que pedir a nuestro viejo amigo y nuevo colega en París José, Pepe, Urrutia que fuera al distante departamento de Julio Ramón Ribeiro y Alida, quienes un tiempo antes habían tenido a Julio y pasaron unas semanas en nuestra casa porque Alida no estaba muy bien y necesitaba algún apoyo, que fueron muy gratas para nosotros. Es imaginable la sorpresa de Julio Ramón cuando en la madrugada y casi dormido, abrió la puerta a Pepe para decirle luego a Alida que alguien pedía una frazadita. Pasan cosas.

Yo, como casi todo el mundo, nunca había asistido a un parto y creo que debe haber pocos momentos tan emocionantes. Además, ver asomar dos pequeños pies y no la cabeza de tu primer hijo, contribuyó al impacto que recibí y que se alivió en la noche cuando con Pepe nos tomamos algunos coñacs. Felizmente todo fue bien y ahora nuestro cincuentón, bastante más alto y fuerte que yo, tiene tres hijos y una magnífica trayectoria como médico cirujano veterinario. Rápidamente se convirtió en engraido de la inolvidable Rosario Alayza Rospigliosi, funcionaria administrativa de la embajada, su hija Maricarmen y otras amigas. Al año siguiente, mayo de 1968, retorné a servir en la Cancillería en Lima

Por Odette Colombini administradora de la Embajada, conocimos a Madame Alice Salmona, dama de gran distinción natural y a su familia, quienes nos trataron con mucho afecto e hicimos una amistad tan especial que, en las buenas y las malas, se prolonga ya más de medio siglo. Madame Alice fue la madrina de nuestro Parisino Cristian y nos decía, los veremos cuando vuelvas como Embajador. Nunca pensé que sería así, pero ocurrió y pudimos disfrutar nuevamente de su compañía. Su hija Marie Alice es para los Palma una hermana muy querida a la que tratamos de ver cuándo se puede. Hay mucho que agradecer.

Dos años después nació Rodrigo en Lima y no pude estar presente ni a su llegada ni en el fallecimiento de mi padre producido pocos días antes. Me encontraba en Bélgica en un programa de varios meses para diplomáticos latinoamericanos, con especial énfasis en cuestiones económicas, financieras y comerciales.

Los años fueron pasando y los niños creciendo. Con cinco y tres años, en 1972 nos acompañaron a Oxford por once meses, en cuya Universidad seguí un programa de estudios de política, derecho internacional y economía para jóvenes diplomáticos de muchos países. Hasta ahora les bromeo con que no es lo mismo tomar clases de inglés hasta más de los treinta años que aprenderlo jugando en donde mejor se habla. De retorno a Lima fueron al colegio Markham, pero no por mucho tiempo pues en 1975 fui destinado a la Representación en Naciones Unidas en Nueva York. Tras cinco años en la gran manzana, pasamos dos en Yugoslavia y al volver a Cancillería pudieron felizmente retornar al colegio de sus inicios y completar la secundaria con muy buenos resultados.

En quinto de media, Cristián ganó una beca canadiense para hacer un bachillerato internacional en el Lester Pearson College del Pacífico, ubicado en un precioso ambiente natural cercano a Victoria, capital de la Columbia Británica. Al año siguiente que era su último, Rodrigo quiso también hacer ese bachillerato y consiguió ser admitido en el Atlantic College en el Castillo St. Donats en Gales, UK. Alcanzados los grados, ambos siguieron sus estudios en el extranjero. Cristian en ciencias en la prestigiosa Universidad de McGill en Montreal logrando una maestría y luego medicina veterinaria en Pennsylvania University en Filadelfia. Rodrigo fue admitido para estudiar economía en Cambridge University, logrando posteriormente maestrías en esa Universidad, la London School of Economics y el Wharton School también de Pennsylvania University.

Kille me acompañó en las buenas y las duras, porque ninguna vida es totalmente lineal. Los cónyuges de diplomáticos no dejan de tener dificultades y hasta problemas. Los viajes y las residencias en distintas realidades no pueden ser todos satisfactorios. Alejamiento de las familias y sus propias tareas profesionales o responsabilidades personales, necesidad de participar en actividades oficiales y sociales a veces nada entretenidas, mudanzas, instalaciones y más mudanzas no son experiencias siempre agradables. Además, ocuparse del cuidado de la vivienda y de los hijos, con el gran número de tareas que ello implica; y apoyar en las atenciones que tienen que ofrecerse a autoridades, otros diplomáticos y no pocos visitantes del propio país. Pero lo tomó con el mejor ánimo y, con sus estudios de arreglo de interiores y gusto por

la decoración, hizo cuestión de que cada una de las viviendas que habitamos estuviera arreglada y preparada debidamente para nuestra vida familiar, pero también para las atenciones que ofrecíamos regularmente. En las varias residencias oficiales en que vivimos, se empeñó en conservarlas y mejorarlas en lo posible, estirando los a veces escasos recursos para que fueran gratas a quienes llegaran a ellas.

Tras más de medio siglo de caminar por el mundo, tengo mucho que agradecerle y juntos tenemos también que agradecer a Dios, y especialmente porque habiendo nuestros hijos dejado su hogar con 17 y 16 años sigamos siendo familia, más grande ahora con los nietos.

Les evenements de Mai 68

En mayo de 1968 en París, sorprendieron al gobierno, a Europa y al mundo. En muy pocos días se pasó de algunas manifestaciones universitarias a la paralización completa de Francia. Los "acontecimientos de mayo" han sido estudiados desde muchos ángulos, pero quedan interrogantes sobre cómo se pudo llegar al punto al que llegó.

Cuando se pasó de la protesta estudiantil a la adhesión de los sindicatos de trabajadores, primero la ciudad y luego el país quedaron paralizados. Con José Urrutia fuimos dos o tres noches al barrio latino donde se vivía una gran efervescencia. Manifestaciones estudiantiles y obreras eran enfrentadas cotidianamente por las fuerzas del orden. En la Sorbona los discursos se sucedían día y noche y posiblemente muchos creyeron que estaban cambiando el mundo. "Se prohíbe prohibir", "la imaginación al poder", "seamos realistas, pidamos lo imposible" y otros lemas por el estilo producían indescriptible emoción a los participantes. Una noche, un caballero de aspecto innegablemente burgués, dijo a las centenas de estudiantes y obreros reunidos en el auditorio de la Sorbona, que estaba ahí porque le encantaba el teatro y encontraba que los "revolucionarios" eran magníficos actores. Frente a las protestas de unos se alzaron las voces de otros, que insistieron en que todos tenían derecho a decir lo que quisieran.

Imaginemos una ciudad y un país totalmente inmovilizados, donde los montones de basura crecían día a día y se hacía más difícil encontrar lo más elemental incluyendo comida o medicinas porque todos los establecimientos estaban cerrados, el tráfico ferroviario y aéreo inexistentes y apenas circulaban algunos vehículos pues casi no había combustible.

En lo personal, fue muy complicado. En días anteriores yo había dejado a Kille y a nuestro pequeño Cristián, en un departamento Mónaco gentilmente ofrecido por el cónsul honorario del Perú. Ya en pleno caos, recibimos noticias del agravamiento de la salud de mi padre y el pedido de volver de inmediato a Lima. Kille se las arregló ingeniosamente para volver a París, pero no pudimos volar porque Air France también entró en el paro. Con ayuda de amigos se consiguió algo de comida para Cristian y un poco de gasolina y Pepe Urrutia nos llevó a Bruselas, de donde pudimos viajar a Lima. Situaciones aún más complicadas deben haberse presentado para millones de personas.

Fue una experiencia extraordinaria, pero quien sabe lo más notable es que cuando el General de Gaulle consiguió con la amenaza del empleo de la fuerza armada "restablecer el orden", con todo el caos vivido no se había registrado una sola víctima fatal. Obviamente las cosas cambiaron, pero no del todo, y no mucho tiempo después, el General de Gaulle renunció a la Presidencia. Pero, como se verifica ahora, Francia siempre ha sido espacio de grandes protestas y alguna vez de comentarios ingleses, no exentos de cierta amable maldad, que "los franceses adoran las revoluciones, pero detestan los cambios"

Mis Embajadores políticos

La discusión sobre si los Embajadores deben ser funcionarios de carrera del Servicio Diplomático o pueden ser designaciones políticas, no ha acabado ni acabará en el mundo en desarrollo ni en el desarrollado. A mí me tocó empezar mi larga carrera con dos Embajadores políticos. Ambos fueron Ministros en el primer gobierno del Presidente Fernando Belaúnde y también tuvieron el honor de ser censurados por el Congreso. El doctor Oscar Trelles Montes, médico, científico y político había estudiado años en Francia. Su francés era mejor que el de muchos franceses y desde su llegada tuvo la mejor acogida en el gobierno y la comunidad científica. El segundo fue Francisco Miró Quesada Cantuarias, filósofo, abogado, en una palabra, humanista, poseedor también de un impecable francés. Llegando fue recibido por la Sociedad de Filosofía. Pero en adición a las calificaciones personales y trayectorias profesionales de ambos, su calidad humana y decencia fueron la clave de su notable desempeño diplomático.

¿Y cómo no recordar la gestión de Manuel Seoane en Santiago y la infatigable tarea de Guillermo Hoyos Osoreo, Embajador Especial para refutar con una inequívoca Declaración de los países Garantes del Protocolo de Rio de Janeiro, la absurda pretensión del Presidente ecuatoriano Velasco Ibarra de nulidad de ese integérrimo tratado? ¿Y también a otros? Lamentablemente, como es obvio, personas de esa categoría no son la regla. Muchos nombramientos responden únicamente a favoritismo político o personal. Ha habido y habrá casos de vergüenza nacional. Pero esto no quiere decir que la solución es que todos los Embajadores sean de carrera. Como muchas cosas en la vida, depende de las personas. En lo que me toca, disfruté de un privilegio que se mantuvo con la amistad de ambos toda la vida. También la tuve en el trabajo con muchos Embajadores del Servicio.

En aquella época la Representación en la UNESCO, como debe ser, estaba separada de la Embajada en Francia. Pero, igual era muy grato mantener la mejor relación personal, por un breve lapso con el Embajador político César Miró, hombre de cultura y, al poco tiempo, con el nuevo representante Embajador Alberto Wagner de Reyna y su esposa, Sra. Victoria Grau. Mucho es lo que podría decirse de esa extraordinaria persona, de muy vasta cultura y sólida formación filosófica, jurídica, histórica y diplomática. Lo acompañaba el Consejero Félix Álvarez Brun, distinguido historiador y colaborador cercano del Dr. Raúl Porras Barrenechea. Dora Espejo, su esposa, siempre nos trató con especial afecto. Y cómo no mencionar a José Durand Flores, Agregado, quien también era profesor en la Universidad de Toulouse, reconocido especialista en

el Inca Garcilaso de la Vega, literato, poseedor de vasta cultura, gran personalidad, buen cajoneador y promotor del conjunto Peru Negro. El contacto con ellos, como con el poeta y diplomático Enrique Peña Barrenechea, fue de enorme enriquecimiento para nosotros y guardamos por todos ellos la más agradecida y afectuosa memoria.